

# José Antonio Garriga Vela

## Horas muertas



JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA

# Horas muertas

Galaxia Gutenberg

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2021

© José Antonio Garriga Vela, 2021  
Por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: Gama, S.L.  
Impresión y encuadernación: Sagrific  
Depósito legal: B 205-2021  
ISBN: 978-84-18218-50-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Blanca*

No pudieron arrancarnos  
las nubes del cuerpo

JOSÉ BARROETA

16 de junio

## Pavilion

Me cruzo con Krauel por una calle de Dublín siete años después de su muerte. Lleva una gabardina con el cuello levantado y anda cabizbajo sin fijarse en nada. Al oír su nombre levanta la mirada sin reconocermme, como si los fantasmas no tuviéramos memoria. Lo observo caminar despacio calle arriba con el cansancio del bañista que alcanza la orilla tras vencer la resaca y el vago deseo de dejarse arrastrar por la corriente. Quizá la pesada carga del olvido lo haya convertido en un hombre solitario que se obstina en buscar algo que hace tiempo perdió para siempre. El primer impulso es seguir sus pasos, pero me contengo. No quiero resucitar al amigo que desea permanecer muerto. Al afirmar que no me reconoce lo digo con la ingenua intención de justificar su conducta. No me siento ofendido por el hecho de que pase de largo, cuando existe complicidad entre dos personas no es necesario dar explicaciones ni siquiera en los momentos más delicados. Hay quien resuelve los problemas durmiendo, se acuesta y al día siguiente lo contempla todo de manera distinta. Krauel lleva más de siete años dormido y no está dispuesto a permitir que nadie le obligue a despertar de repente. La mañana que Sofía llamó por teléfono para comunicarme la noticia de su muerte intuí que el suicidio era un señuelo que él mismo había tramado para que lo dejáramos tranquilo. Algún día se produciría el reen-

cuentro; curiosamente ha sucedido en Dublín la víspera del Bloomsday.

Me alojo en la planta sótano de un pequeño hotel en Gardiner Street. La ventana de la habitación da a un patio rectangular hundido en la tierra. Hay que ponerse de puntillas para ver la superficie cubierta de flores, como si el sepulturero hubiera olvidado tapar la fosa del hombre que vive enterrado en un rincón del jardín. Un espacio sombrío semejante al agujero que el cazador cava en medio del bosque y cubre de forraje para atrapar a su presa. Por un momento tengo la sensación de haber caído en una trampa. Al igual que Krauel, yo también ando perdido desde hace años, sólo que a mí nadie me busca.

Estoy cansado del viaje y decido acostarme sin cenar. Ayer tuve una reacción espontánea, compré el billete de avión y reservé dos noches de hotel en Dublín. Cuando le dije a Virginia lo que acababa de hacer se limitó a comentar que había tardado demasiado tiempo en tomar la decisión, como si ella también estuviese esperando que yo resolviera un antiguo asunto pendiente. No sabe que he visto a Krauel, mañana se lo diré. Adivino lo que va a pensar al escucharme: *Está bien buscar otra voz que nos haga compañía*. No descarto la posibilidad de que lo haya confundido con otro hombre, un desconocido idéntico a él, ese misterioso doble que todos tenemos en alguna parte del mundo. La anterior vez que ambos coincidimos fue la noche que terminamos el guion de *Los Encantados*, el último trabajo que hicimos juntos, una teleserie en la cual nos implicamos tanto emocionalmente que todavía hoy estamos pagando las consecuencias. Después sólo hablaríamos por teléfono en una oportunidad. Me cuesta conciliar el sueño. La imagen del amigo dándome la espalda se proyecta en la pared de la habitación e inmediatamente se esfuma para aparecer



de nuevo. Desde la cama sigo sus pasos hasta quedarme dormido.

Me despiertan unas voces infantiles que suenan en el jardín. A través del cristal de la ventana sorprende a unos niños observando curiosos al hombre de la madriguera. Les oigo hacer un comentario jocoso y al instante desaparecen entre risas. Abro el grifo de la ducha. El vapor empaña la visión y me transporta al pasado. Mientras el agua caliente cae sobre la cabeza y resbala por el cuerpo, cierro los ojos y me pregunto qué hace Krauel en Dublín. No sabía hablar inglés ni tenía interés en aprenderlo y era incapaz de orientarse incluso en su propia ciudad. Esta falta de orientación se incrementó después de sufrir el síncope. Sofía ejercía de intérprete, lo guiaba, le resolvía los problemas domésticos, lo ayudaba a pisar tierra firme cada vez que él desconectaba peligrosamente de la realidad. No lo imagino viviendo solo en Dublín ni en ninguna otra ciudad del mundo, ella tampoco lo iba a permitir. Me visto y subo a desayunar. Doy un respingo al salir de la habitación y topar con el único huésped del sótano reflejado en el espejo que está justo enfrente. Aparto la mirada de ese compañero que siempre va conmigo y al que cada día me cuesta más reconocer. Después del desayuno, cojo uno de los paraguas que hay en la recepción del hotel para los turistas desprevenidos que las lluvias de junio pillan por sorpresa y salgo a la calle dispuesto a recorrer a solas el mismo itinerario que cada 16 de junio solíamos hacer juntos.

Paseo mirando a un lado y a otro con la esperanza de encontrar a Krauel en alguno de aquellos lugares que nos atrapaban sin darnos cuenta, como si un poderoso imán con la imagen de un *pub* atrajera los cuerpos. Ahora soy yo el encargado de suplantar al detective que persigue en silencio la pista del sospechoso. Voy al campus del Trinity

College, entro en el Pavilion Bar y pido un té. Un cliente con la cabeza inclinada observa meditabundo la superficie de la mesa como si consultara un plano del desierto. La presencia solitaria del desconocido colocando mentalmente los nombres en el mapa mudo de la memoria me transporta al día que Krauel perdió el sentido y se desplomó en medio de la calle. Andaba solo pensando en sus cosas cuando los personajes invisibles que lo acompañaban empezaron a tambalearse igual que si anduvieran por la cubierta de un barco en plena tempestad. El síncope se produjo un 21 de marzo, la fecha que marca el cambio de estación, la llegada de la primavera, el primer verdor. Estuvo muerto durante un tiempo que no supo precisar. *Fue como si alguien apagara la luz y me desconectara*, dijo al volver a casa después de la estancia en el hospital. El golpe le produjo un hematoma en el lóbulo temporal y al recobrar el conocimiento su mente estaba en blanco, sin ningún recuerdo. Se había convertido en la figura del espejo. A medida que pasaron los días fue rellenando lenta y pacientemente los vacíos de la memoria, los nombres del mapa mudo. La experiencia de renacer no era fácil explicarla con palabras.

Antes de que Krauel sufriera el desvanecimiento, un día por la mañana temprano lo llamé por teléfono para que leyera una noticia que me había impactado de tal manera que le propuse escribir un guion. El artículo contaba la historia de un hombre que tras caer y lesionarse en el lóbulo temporal escuchaba una música que nadie más conseguía oír. Un par de meses después, él habría de percibir ese mismo síntoma, lo reconoció inmediatamente. Al recibir el alta en el hospital y volver a casa, Krauel se despertaba con el trino de los pájaros mientras Sofía únicamente oía el ruido de los coches y las sirenas de las ambulancias. A raíz del accidente, el hombre del períodi-

co se distraía con tanta facilidad que era incapaz de terminar nada de lo que se había propuesto realizar. Krauel también comenzó a observar reacciones insólitas hasta entonces; solía atascarse al hablar y cuando se sentaba a escribir delante del ordenador no le salían las palabras. Los pensamientos se precipitaban uno tras otro en el interior del cerebro, se obstaculizaban entre sí, como troncos talados cayendo por la pendiente de la montaña. Ni Krauel ni el hombre del periódico comprendían lo que estaba sucediendo y para evitar preocupaciones ambos guardaron en secreto los extraños incidentes que estaban experimentando.

Cuando el hombre del periódico hacía el amor con su mujer no se entretenía en los juegos eróticos con los que habían disfrutado hasta entonces sino que actuaba de manera egoísta y perversa. Al considerar abominable dicha conducta pensó que la pornografía en internet sería la mejor manera de liberar tensiones. Por las noches se masturbaba delante de la pantalla del ordenador mientras su mujer dormía. Luego se acostaba a su lado sin rozarla y con el remordimiento de haberla engañado. A diario buscaba la soledad para saciar sus deseos. Hasta que varias páginas web lo incitaron a comprar y descargar pornografía infantil. Alarmado por esta nueva necesidad sexual inició una terrible lucha por controlarse a sí mismo. No dejó ni un día de asistir al trabajo y continuó teniendo vida social. Durante esos periodos de tiempo lograba mantener dominados sus impulsos, pero al reencontrarse con la soledad caía de nuevo en la tentación. Una profunda vergüenza le impedía contar a nadie lo que estaba sucediendo y permaneció soportando esa doble vida durante casi diez años, hasta que una tarde sucedió lo inevitable. La policía se presentó en su casa para detenerlo por tenencia de pornografía infantil. El

hecho de ser capturado no lo hundió en la depresión, al contrario, le permitió salir de las sombras y esto le produjo un gran alivio. El secreto de su enfermedad quedó por fin al descubierto ante su mujer, sus hijos, los amigos y los compañeros de trabajo. Desde ese momento ya no tendría que volver a esconderse ni disimular. Los fármacos se encargaron de suprimir sus deseos sexuales y pasó de tener una libido insaciable a no sentir nada, como si hubieran desconectado un interruptor en el que no existía una posición intermedia entre apagado y encendido.

El hombre del periódico volvió a ser cariñoso con quienes le rodeaban. Al acercarse la fecha del juicio confesó sentir cierto temor por la reacción de los amigos, los colegas del trabajo, los vecinos, los compañeros de clase de sus hijos; aunque confiaba en que todo se iba a resolver favorablemente. No le cabía en la cabeza que un tribunal pudiera considerarlo culpable de ningún delito teniendo en cuenta la enfermedad neurológica que lo había atormentado a lo largo de tantos años. Lo procesaron por pornografía infantil. Cuando se celebró el juicio, el fiscal insistió en que la supuesta enfermedad no tenía relevancia. *Es una excusa*, afirmó. *El acusado ha sido siempre un perverso, una amenaza para la sociedad, y debe cumplir la pena máxima prevista para estos casos.* El neurólogo que sugirió la operación del lóbulo temporal y que lo había tratado durante aquellos años testificó como experto. *La enfermedad se manifiesta por un ansia insaciable de comer y mantener relaciones sexuales, en ocasiones acompañada de irritabilidad y distracción*, declaró. También escribió una carta al tribunal en la que atestiguaba que su paciente era un hombre monógamo, con gran delicadeza moral, inteligente y sensible. Alguien que durante un periodo de su vida actuó en contra de su naturaleza bajo los estímulos de un impulso fisiológico

irresistible. No había nada en sus antecedentes ni en su mentalidad actual que incitara a pensar en un pedófilo. No constituía un riesgo para los menores de edad ni para ninguna otra persona. Sin embargo, lo condenaron. El hombre del periódico aceptó la sentencia con una serenidad inquebrantable, como si la decisión judicial hubiera sido absolutamente ecuánime y fuera otra persona la que estaba implicada. Durante los veintiséis meses que pasó en la cárcel creó un grupo musical con otros presos. Al componer la música se inspiraba en aquellas notas anónimas que tan sólo él escuchaba cuando estuvo enfermo. *Serían trinos de pájaro*, pensó Krauel al revisar el artículo semanas después de salir del hospital. El tiempo que el hombre del periódico pasó recluido en la pequeña celda lo dedicó a leer y escribir. Su mujer lo apoyó, le ayudó igual que había hecho siempre, incluso cuando la engañaba con cuerpos virtuales y ella se hacía la dormida como si no supiera nada.

Krauel aceptó la propuesta de elaborar un guion basado en la confesión estremecedora del hombre del periódico. Al ponernos a escribir el primer capítulo de la serie noté un cambio en su conducta, se mostraba nervioso, distante, dubitativo, como si sintiera remordimiento por contar públicamente la intimidad de un enfermo. Hasta que el caprichoso destino quiso que él también sufriera el mismo infortunio. Durante las tres semanas que estuvo internado en el hospital no permitió que nadie acudiera a visitarlo. De no ser por el aspecto alicaído que advertí en Sofía las veces que nos citamos los dos para cenar algo y pasear, yo hubiera pensado que aquel incidente era una farsa que Krauel había montado para dar cuerda al asunto que nos traíamos entre manos. No es fácil enmascarar el desasosiego y la tristeza. Cuando le dieron el alta hospitalaria dije que teníamos que darnos prisa en perfeccio-

nar el guion aportando sus propias experiencias antes de que otros aprovecharan aquel tentador artículo y nos pisaran la idea. Pero Krauel ya no estaba por la labor de recrear la angustia, sin duda había constatado que tanto el hombre del periódico como él eran dos enfermos que pertenecían al mismo grupo de riesgo. Tal vez se identificó con alguno de los trastornos que había leído y no se atrevió a confesarlo, lo sentía como una amenaza y tenía la convicción de que su salud mental pendía de un hilo extremadamente fino.

Me despido del cliente que permanece consultando el plano del desierto sobre la mesa vacía. Unos estudiantes juegan al *hurling* en la explanada que se extiende delante del bar Pavilion, otros aprovechan los débiles rayos de sol para tumbarse sobre la hierba y un grupo hace yoga en un lugar más apartado. A Krauel nunca le gustó el yoga, era una de las pocas cosas en la que discrepaba con Sofía. Cuando le pregunté el motivo de tal rechazo, respondió secamente: *El yoga me pone nervioso*. No estaba dispuesto a reconocer que le daba vergüenza desinhibirse en público. Me habría gustado explicarle la vinculación que existe entre el cuerpo humano y la mente y relacionarlo con el yoga, pero no le dije nada. Lo conocía demasiado bien y sabía que no le agradaba ir más allá de la realidad circundante. Luego, a solas consigo mismo, quién sabe lo que pasaba por su cabeza. Ahí residía el peligro, Krauel era incapaz de manifestar los sentimientos. Un día afirmó que la timidez nos vuelve siempre medio locos e inmediatamente cambió de tema, como si lo que acababa de decir no guardara ninguna relación con él.